

AMALTEA

Amaltea forma parte, como la loba que amamantó a Rómulo y Remo, de aquellas hembras animales que sirven como nodrizas de personajes importantes. En este caso, Amaltea es una cabra, como la mascota de la legión extranjera y aquella a la que se dedica una soez canción -“la cabra, la cabra...” - que no nos atrevemos a repetir aquí completa para no envilecer más el repertorio de los dioses y semihéroes del Olimpo griego con vulgares palabras. El niño al que presta sus ubres y el contenido lácteo de aquellas es Zeus. Su padre Crono, dios de los relojes, devoraba a sus hijos conforme nacían. Cada segundo nuevo hace desaparecer al anterior que se sumerge en una oscura fosa llamada pasado, un pozo hondo del que solamente la memoria puede sacar con su pozal algún recuerdo tan intangible como un fantasma. Pues bien, la madre de Zeus, para evitar esta costumbre horrenda de su tragón marido, esconde al niño en un monte situado en una isla de Creta. Allí es donde Amaltea cría al dios que más tarde se hará famoso por sus amoríos y su capacidad de disfrazarse de lo que sea con tal de conseguir sus propósitos eróticos. Un día, no sabemos bien el porqué, la cabra se rompe un cuerno. Es de advertir que la cabra, del latín *capra*, es bastante caprichosa y lleva en su raíz “*cap*” la huella del cepo leñoso y de la cabeza o “*caput*”. Los cuernos, salvo en caso de escarnio, sirven a las bestia para embestir con sus cipotes puestos en la cabeza. Como es lógico una acometida demasiado violenta es capaz de partir un cuerno como saben los que acostumbran a presenciar los toros detrás de un burladero. Y como la naturaleza, a la que se tiene como sabia y ecónoma, saca partido de todo desecho, el cuerno roto lo llena Amaltea de flores y frutos que regala al niño Zeus. O sea, que el cuerno de la abundancia o “cornucopia” (que eso quiere decir la palabreja) viene a ser como el primer cucurucho de papel relleno de cacahuetes. Como al niño le gustó el regalo de la cabra la convirtió en la constelación de Capricornio, una figura que resulta de unir caprichosamente los astrónomos los puntos de varias estrellas más o menos cercanas. No es

preciso decir que otros dibujantes podrían formar otros dibujos conforme a su fantasía dando lugar a diferentes horóscopos. La antigua astronomía que forjó las constelaciones es un ejemplo primitivo de los posteriores *tests* proyectivos que usan los psicólogos y también de la recomendación de Leonardo de Vinci de imaginar cosas en las formas de las nubes o de las piedras. En definitiva, el hombre crea la realidad recortando por los puntos y líneas que le vienen en gana y lo mismo puede ver una cosa que otra según la falsilla o “el color del cristal con que la mira”, como diría cierto poeta decimonónico menos poeta que humorista y con aficiones de burda metafísica elevada.

Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015

